

CAPÍTULO 1

Egelion

Sobre los lomos de los elefantes los viajeros se protegían como podían del calor tropical, la humedad, y los mosquitos. La vegetación parecía respetar el avance de la comitiva apartándose a su paso gracias a la pericia de los mahouts. A pesar de las penalidades los viajeros disfrutaban con el estallido de colores y aromas de la vegetación, y la sinfonía de sonidos de las especies animales que poblaban aquella jungla.

Levy Shankar, volvió a echar un vistazo al antiguo mapa que marcaba con una cruz el hipogeo que estaban buscando. Nadie sabía lo que podían encontrar, la única información que tenían era aquel viejo mapa, con la ruta marcada hasta la entrada de la cueva, el nombre de la región de la India en que debían buscar, y la suposición de que se trataba de algo importante.

El guía que iba en el primer elefante hizo una señal y la expedición se detuvo, habían llegado a un claro en la espesura, y dado lo avanzado de la tarde todos supusieron que había llegado el momento de montar el campamento para pasar la noche.

CAPÍTULO 2

Mary Lovecraft

Una vez instalados, los sirvientes dispusieron la cena. El grupo comió y bebió enfrascado en una animada conversación en la que cada cual ponía en común las sensaciones vividas durante las últimas horas. La charla se extendió algo más de lo previsto, y llegó la hora de la luna: la hora del último té. Y tras el té el silencio de la noche.

El grupo se había retirado a sus improvisados aposentos bajos las lonas y Levy hizo lo propio. Pero un sentimiento de sutil inquietud le impedía relajarse...una y otra vez manoseó el mapa que permanecía plegado en el bolsillo de su pantalón hasta que, sacándolo lentamente, se dispuso a expandir sobre la mesilla, a la luz de la vela.

Una sensación indescriptible se apoderó de él tras la visión maravillosa...¿qué tesoros guardaba el misterioso mapa? ¿debía tener paciencia y acomodarse a las circunstancias? Sentía que no.

Y tal como sintió el palpito, se apresuró a pensar: "si salgo al amanecer, les sacaré al grupo más de medio día, pues han de levantar el campamento y aún con el guía, si concluyeran seguir adelante, sin el mapa lo tendrían bastante difícil...seguramente decidieran regresar, pues aún no queda lejana la vieja Deidarthra".

CAPÍTULO 3

Llofef

Hizo a un lado la mosquitera. Su sueño había sido breve pero reconfortante. Se sentía con fuerzas. Se vistió con rapidez y en silencio. Tomó una mochila y en ella introdujo una muda, alimentos, munición, una linterna y pilas. En su cinturón una pistola y un machete. Una brújula y una navaja en uno de sus bolsillos. El reloj en su muñeca. El rifle al hombro. Salió de la tienda y comprobó que faltaba ya poco para el amanecer. La decisión estaba tomada. Continuaría solo.

Avanzó por la tupida selva. El mapa tenía indicaciones claras, exactas, y la brújula lo guiaba con precisión. Según clareaba fueron desapareciendo las nubes de mosquitos. Cortó la cabeza de una serpiente que se interponía en su camino con el machete.

Llevaba ya varias horas de marcha. El calor húmedo de la selva lo ahogaba. Ya todos habrían notado su fuga y se encontrarían tras su pista. Se había preocupado de dejar falsas indicaciones y confiaba en haberlos perdido.

Sumido en estos pensamientos se sobresaltó al notar su machete golpear la piedra. Saltaron chispas. Miró con sorpresa. Una enorme cabeza de Shiva desmoronada lo miraba con ojos inexpresivos, pero en su torcida boca se adivinaba una mueca de burla. "Ya debo de estar cerca", pensó.

Frente a él se tejía una tupida red de ramas y hojas. Las apartó. Los vestigios de una gran ciudad se abrieron ante él. Los monos gritaban furiosos entre las ruinas. "Deidarthra", musitó, con la alegría congelada en sus labios por la aprensión. Una mezcla de gozo y temor invadía su espíritu.

CAPÍTULO 4

Dunkel

- Rajiv, habeis visto a Levi? - No mi Señor, al despertar ya estaba vacia su bolsa de dormir y noté que algunas de sus pertenencias faltaban.

- Es muy peligroso andar a solas por estos parajes. Es por esta zona donde esta la Depresión de los Desposeidos, de la cual una vez que se cae, es imposible salir por pie propio.

Y era cierto: no era una leyenda sino algo real y espeluznante. La Depresion de los Desposeidos es un area de confinamiento para Leprosos, la cual tiene paredes altisimas cubiertas de arena, imposibles de escalar. Ahi se arroja a los enfermos de este terrible mal, para que pasen sus ultimos dias, acompañados de sus similares.

CAPÍTULO 5

Dalare

El Marahá de Tigrud, la vasta y boscosa región en la que se encontraba el grupo, había asegurado a las autoridades occidentales del protectorado que la Depresión de los Desposeídos ya no se utilizaba, pero los pobladores cercanos al terrible pozo aún arrojaban allí a los enfermos con todas sus posesiones, sin importar la casta a la que pertenecieran. Y precisamente por eso corría el rumor de las riquezas sin cuento que, generación tras generación, se había acumulado en ese agujero de muerte. Pero no era aquella leyenda lo que había atraído a los viajeros.

- Rajiv, haz levantar el campamento. Es evidente que Levy nos ha abandonado, y se ha llevado su preciado mapa. Pero no estoy dispuesto a rendirme; iremos tras él.

Pero Levy se había cuidado mucho de ocultar su rastro, y llevaba la suficiente ventaja como para permitirse recorrer las ruinas de la ciudad con ojos de asombro: no cabía la menor duda de que era el primer ser humano que pisaba ese suelo en los últimos siglos. Las gigantescas estatuas cubiertas de hiedra, las columnas desmoronadas y los palacios ciclópeos no guardaban ningún parecido con los vestigios de la extinta y vencida civilización hindú. Tenían rasgos más orientales, pero al mismo tiempo guardaban semejanza con el arte clásico de la Antigüedad. Levy llegó a la conclusión de que ese extraño lugar guardaba un misterioso secreto, y que una de las claves para resolverlo estaba en el viejo mapa.

CAPÍTULO 6

Volemak

El mapa difícilmente sería tan solo una simple referencia geográfica. Después de todo, no es tan difícil llegar hasta aquí, aún sin la ayuda que ofrecía ese desgastado pergamino. Tan solo de pensar los esfuerzos que le significaron apropiarse del mismo... Y ojalá por su bien que los oficiales de Scotland Yard nunca lleguen a pensarlo...

Procedió a recorrer con cierta parsimonia las ruinas de la ciudad, deteniéndose frecuentemente ante cada mural o monumento particularmente llamativo. Los tesoros, de existir, no estarían a la vista. Todo lo contrario, sabía que los antiguos habitantes habrían hecho lo imposible para proteger sus bienes, sólo un examen minucioso revelaría las maravillas al cuidadoso (y precavido) aventurero.

En una casa con el techo hundido descubrió una escalera, tapada por escombros, que descendía hacia las profundidades. A simple vista no parecía un desván subterráneo, las escaleras parecían adentrarse realmente en la tierra. Consultó nuevamente su mapa:
-Interesante, este lugar parece coincidir con la ubicación de la cueva.

Encendió la linterna y la sostuvo en una mano mientras que con la otra sujetó el machete. Puso un pie en el primer escalón cuando oyó a sus espaldas un chillido agudo:
- ¡Aak Ki Rajt..!

CAPÍTULO 7

Egelion

No entendió ni jota de lo que decía la voz, pero no era cuestión de entretenerse a averiguarlo. Un vistazo por el rabillo del ojo le bastó para darse cuenta de que aquél sujeto delgado, con vestimenta y turbante blancos, y afilada barba negra no traía buenas intenciones. Prueba de ello era la gran cimitarra que esgrimía en su mano derecha, mientras que con el dedo índice de la izquierda le señalaba amenazadoramente.

Otras voces en las cercanías le hicieron sospechar que el chillido había sido una voz de aviso. Sin pensarlo por más tiempo bajó a saltos y a toda velocidad los escalones, tropezando, cayendo, rodando, hasta que finalmente aterrizó en un suelo liso de tierra seca y polvo. Agarró la linterna y el machete que habían caído a su lado y se puso en pie de un ágil salto, mientras oía cómo las voces comenzaban a bajar por la escalera.

El lugar era una sala de techo bajo de la que salían varios túneles. Alumbró frenéticamente la entrada de cada uno de ellos, buscando algún indicio que le orientara sobre la mejor opción. No estaba acostumbrado a las aventuras, pero un antepasado suyo había viajado por los mares del Sur a bordo de un barco pirata llamado "El Albatros" y desde pequeño había deseado imitarle. Además contaba con una preparación física excelente y la lectura de un sinfín de libros de viajes le habían dotado de una agilidad mental envidiable para estas situaciones. Rápidamente cogió del suelo un puñado de polvo y lo dejó caer, probando a encontrar una corriente de aire. No era muy seguro, pero le pareció que el polvo que caía se desviaba ligeramente en una dirección. Rápidamente se metió por el túnel que partía en la dirección contraria protegiéndose la cabeza con el brazo que portaba el machete, para evitar posibles golpes.

CAPÍTULO 8

Llosef

Nada más introducirse en aquel túnel dejó de oír las voces de sus perseguidores. Se detuvo un instante y esperó. Escuchó con más atención. Al poco, avanzando sobre el silencio, hasta él llegaron los susurros apagados de los hombres, preñados de extraños ecos y confusas reverberaciones. Parecían deliberar. Al poco oyó cómo se retiraban. No entendía por qué dejaban la persecución que tan sólo unos momentos antes habían emprendido. Avanzó por el túnel, y a cada paso que daba se le hacía más evidente algo que en un principio no había sido capaz de definir con precisión: el tono de las voces de quienes le habían perseguido eran temerosas, asustadas. Algo en aquel camino que había iniciado les había hecho retroceder.

En un agujero infecto y preterido por el tiempo una mano se removió en el lodo. Unos dedos agarrotados gusanearon y empuñaron el aire. Una boca se abrió y de una entumecida garganta brotó un aullido infernal.

Levy cesó su avance. Un grito aterrador había clavado sus pies al suelo. Desde algún lugar al fondo de aquel oscuro túnel llegó hasta él el aliento fétido de la muerte. Empuñó con más fuerza el machete y miró atrás. La linterna alumbraba tan sólo unos pocos pasos detrás de él en el denso ambiente. Si volvía le esperaban aquellos de quienes había huido. Si avanzaba, no

sabía qué horror podría encontrar. Pero si hallaba tan terrible guardián, no cabía duda de que había dado con el camino correcto. Su búsqueda iba bien encaminada. O al menos bien hasta que se encontrara con aquella cosa frente a frente. Entonces quizá, sólo quizá, desearía volver a su casa para fumar en pipa y calentar sus pies enfundados en unas pantuflas de fieltro al calor de la chimenea. Pero ahora no podía pensar en eso. Alumbró de nuevo hacia el frente para lanzarse a lo desconocido.

CAPÍTULO 9

Dunkel

La Muerte le sorprendió de manera abrupta y violenta. Tras un desquebrajo en los ladrillos que conformaban el mohoso muro, unos dedos informes le sujetaron cuello y torso. El machete ondeó por la osuridad, pero lo que no tiene forma no puede ser herido al igual que no puede aniquilarse lo que no tiene vida. No le mataron de inmediato. Después de desarmarle, le sujetaron con firmeza cada uno de sus miembros y le llevaron al centro mismo de la aldea de los Desposeídos, donde después de una corta ceremonia procedieron a alimentarse con el mellado pero vigoroso cuerpo que poseía. La incoscienza fue una bendición ya que nunca se tomaron la molestia de matarle para que la carne y sangre se mantuvieran frescas.

Y esto sucedió a escasos pasos de la antigua ciudad de Calicut, antigua capital comercial de esas latitudes, donde los más ricos de los ricos tenían su residencia.

CAPÍTULO 10

Dalare

Mientras tanto, Marcus, que había quedado al mando de la expedición, y Rajiv, que dirigía a los porteadores, llegaron a las ruinas de la vieja ciudad. Tenían con ellos, además de una mayor precaución que su antes amigo Levy, varias armas de fuego que no dudaron en utilizar. Los extraños habitantes de la ciudad abandonada no podían oponer ninguna resistencia, y en cuanto los visitantes hicieron sonar el fuego de sus escopetas, huyeron despavoridos en medio de un griterío escalofriante que se perdió en la selva.

Marcus, una vez que se silenció el aire y el humo de los disparos se disipó, recorrió rápidamente con la vista lo que le rodeaba. Sus ojos se fijaron en uno de los cuerpos caídos, que aún se movía, y hacia él se dirigió, acompañado de Rajiv.

- ¡Aftahg kalath malek, aftahg kalathar...!

- ¿Qué está diciendo este perro? No se parece en nada al idioma hindú -dijo el occidental, sujetando del cuello al moribundo, que señalaba con el brazo tembloroso hacia uno de los edificios en ruinas mientras continuaba vocalizando entre jadeos.

- Es un dialecto perdido y olvidado hace siglos, y que desearía no oír jamás -titubeó Rajiv, visiblemente austado -Dice que otro hombre blanco vino a buscar el tesoro que guardan los muertos, y que ahora él es también uno de los guardienes.

El salvaje herido dejó de hablar, y murió. Marcus se levantó y miró hacia esa casa medio hundida.

- Ya sabemos que Levy estuvo aquí, y cuál ha sido su suerte. Pero no me asustan las supersticiones antiguas. Vamos hacia allí. Rajiv, temblando, siguió a su amo, mientras los porteadores, atemorizados, se negaron a ir tras ellos. Los dos hombres se introdujeron en el edificio, y vieron una escalera.

CAPÍTULO 11

Volemak

La oscuridad los rodeó apenas descendieron los primeros escalones. Marcus asió su machete con la izquierda mientras que con la derecha llevaba su antiguo revolver de servicio.

-Rajiv, ten preparado la linterna.

-No te preocupes, sahib, ya la tengo lista. Además he cargado dos revólveres más, por si las dudas.

Prosiguieron el paso por un pasillo de ladrillos gastados por la humedad. De vez en cuando alguna alimaña reptante o un roedor se les cruzaba por su camino, pero no por esos inconvenientes menores iban a verse sobresaltados dos experimentados aventureros. El camino siguió hasta una bifurcación. Hasta donde llegaba la luz de la linterna no era posible distinguir nada especial que los diferenciase.

-¿Por dónde habrá ido Levy?

-Este... Sahib, creo que ahora me preocupa más por donde iremos nosotros... - comentó Rajiv mirando hacia atrás.

Marcus dio vuelta la cabeza: por donde habían venido había otra bifurcación, que no habían visto antes. -¡Pero como es posible! El camino seguía todo recto, ¿de dónde surge esta ramificación?

CAPÍTULO 12 -Nos engañó la penumbra y los salientes de la pared -- dijo Rajiv, mientras se dedicaba a examinar las entradas de los túneles.
Egelion

-No importa, continuemos -- dijo Marcus, acostumbrado a tomar decisiones rápidas -- iremos siguiendo siempre el pasillo que encontremos a nuestra derecha -- mientras comenzaba ya a introducirse por otro túnel.

-¡Espera Sahib! Creo que he encontrado algo -- dijo Rajiv, avanzando hacia él con un trozo de papel en la mano.

-¡Buen hallazgo! Eso tiene toda la pinta de ser, ¡sí! ¡es el mapa! -- arrebató el papel de las manos de Rajiv y se puso a examinarlo detenidamente -- Sin embargo, le encuentro algo extraño, ¿por qué tiene este aspecto tan envejecido?

De pronto Rajiv sintió que se le erizaba todo el vello y un escalofrío recorrió su cuerpo -- Sahib -- dijo con voz temblorosa mientras el haz de su linterna apuntaba a los pies de Marcus, que bajando la mirada hacia donde apuntaba Rajiv, estuvo a punto de desmayarse del pasmo, porque allí, debajo de su bota, asomando entre el polvo que estaba pisando, pudo distinguir lo que, sin lugar a dudas, era otro mapa idéntico al que sujetaba en su mano, y al que vio en manos de Levy en su momento.

CAPÍTULO 13 Apartó con la bota el polvo que cubría el mapa. Lo tomó del suelo y al hacerlo dejó caer una cascada de fina tierra. Las partículas quedaron suspendidas en el aire, flotando de manera siniestra a la luz de la linterna.
Llofef

-¡Condenación!- exclamó Marcus.

Porque al agacharse a recoger el mapa una esquina de papel enmohecido asomó justo en el lugar del que acababa de recoger el anterior.

-¡No puede ser! Tiró de la punta del pergamino. Un nuevo mapa, en todo idéntico a los otros.

-Me temo que encontraremos más- dijo Marcus.

-Sahib, ¿qué está ocurriendo?- preguntó Rajiv.

-Creo que alguien tiene mucho interés en atraer buscadores de tesoros a estos túneles.

-¿Un cebo?

-Exactamente, querido Rajiv, un cebo para idiotas. Y nosotros también lo hemos mordido...

CAPÍTULO 14 Y aun antes de poder ver al engendro, lo "sintieron" en sus precarias mentes. El horror que sintieron ante la presencia mental de un ser primordial fue tremendo, innarrable, apabullante, Cayeron derrumbados al suelo sin apenas voluntad para seguir viviendo.

Dunkel

Este Santuario del Dios Shudde-M'ell, Amo y Señor de los Cthonianos había sido fundado por aquellos Polinesios traídos para laborar como esclavos hace algunas décadas. Algunos de ellos lograron escapar del cautiverio de los ingleses y decidieron vengarse de sus captores y a la vez honrar con sacrificios dignos y constantes a su "Dios". Repartieron mapas del tesoro por todo el Indostán y así, la ambición sería la perdición de todos aquellos que se lanzaran a la aventura de encontrar el tesoro, que no era si no la inmortalidad al ser ingeridos y digeridos lentamente por un ser prehistórico.

Rajiv fue el primero en reaccionar al ver el horrendo ser con forma de molusco y decenas de tentáculos, con una boca hambrienta al final de cada uno de ellos y que desprendía un fétido y putrefacto olor, similar al alquitrán y al metano. Debían enfrentarle o morir ahí mismo. Sus pensamientos se concentraron en sacar a Marcus de ahí y sobrevivir para ver de nuevo a su amada Indira.

Un destello de razón iluminó su mente y alentado por el olor al altamente combustible metano le hizo arrojarle la antorcha directo al centro del horrible ser, que ahora se encontraba a escasos metros. Dio en el mero centro de la criatura, la cual empezó a incendiarse junto con algunos de los mapas que yacían sobre el polvoso piso. Rajiv no perdió tiempo, el enlace telepático se había roto mientras la criatura extinguía el fuego que la devoraba lenta pero efectivamente. Con fuerza sobre humana, Raji cargó a Marcus y corrió en busca de la salida.

CAPÍTULO 15 Pero el largo y recto pasadizo que habían seguido al entrar ahora ofrecía a su vista, bajo la tenue luz, múltiples embocaduras excavadas en la roca, y Rajiv, sin apenas tiempo para pensar, se fue introduciendo por las más cercanas que encontraba en su camino, hasta que los chillidos de la criatura y el hedor que emanaba quedaron atrás. Y entonces se dio cuenta de que estaban perdidos. Marcus aún no había recuperado el sentido, y el fiel sirviente continuó adelante, recorriendo cuevas oscuras y abandonadas, que llevaban siglos sin ser holladas por hombre alguno. Un instinto natural parecía guiarlo, como si las valientes generaciones de sus antepasados, hijos de la selva, velaran por el último miembro de la estirpe. Finalmente, cuando sus esperanzas se desvanecían, vio un rayo de luz que descendía desde el techo de una gruta, a su izquierda, y el hindú pudo contemplar por fin el cielo.

Dalare

La cavidad era suficientemente amplia para que pudieran pasar ambos, el porteador y su carga, Marcus, que empezaba a recuperarse. Rajiv intentó hacerle hablar, pero lo que vieron a su alrededor les hizo enmudecer. Estaban en el fondo de un estrecho valle rocoso, en cuyas paredes se abrían infinitud de cavidades similares a la que acababan de franquear. Y junto al río que había formado la cavidad, cientos de personas malformadas y de aspecto repelente habían vuelto sus miradas hacia ellos. Estaban en la Depresión de los Desposeídos. El que parecía tener un puesto de mando, por los ropajes menos andrajosos que portaba, se acercó, y les habló: -No temáis. Si no nos tocáis, no contraeréis la enfermedad. Venid conmigo, porque es necesario que sepáis lo que ocurre aquí.

Rajiv y Marcus, que ya podía caminar, se fueron tras el misterioso personaje, que los condujo a una gran cueva habilitada como vivienda, ante la curiosidad del resto de los habitantes de ese valle de muerte. Intuían que iban a conocer el antiguo secreto del lugar, y que estaba muy vinculado con la historia de los viejos mapas.

CAPÍTULO 16 - Mi nombre es Kensar-O, antiguo servidor de Shudde-M'ell - empezó a relatar el oscuro personaje -. Hace más de veinte milenios que hemos llegado a este planeta con la intención de fundar la más grande civilización que jamás existió. Ahora... ahora estamos pagando por nuestra soberbia... - terminó cabizbajo.
Volemak

Mientras decía esto los dos aventureros eran guiados por el valle, salpicado de oscuras grutas en los costados de donde provenían espantosos gemidos. De vez en cuando topaban con algún oscuro escombros, fragmento de algún imponente edificio de los comienzos de la historia.

- Sí, esto es todo lo que nos queda... La civilización de Cthon se ha hundido cuando despertamos la ira del Hegón - comentó apesadumbrado Kensar-O.

De repente, el anciano personaje se apoyó en el hombro de Marcus: - ¡Lo único que anhelamos ahora es regresar a casa! - fue el sollozo del que se hacía llamar Kensar-O.

En eso se acercó otro individuo andrajoso y apartó a Kensar-O con brusquedad: - ¡Detén tus lloriqueos, Kensar-O! Debemos aceptar nuestro destino, sabíamos que esto ocurriría y nunca quisimos darnos por aludidos. - Como siempre, tienes razón, Bethan. Es que extraño tanto... - Todos los hacemos, pero no te preocupes. Dentro de poco tiempo encontraremos quien nos reemplaze.

En eso las miradas de los dos personajes se centraron sobre Marcus y Rajiv. Inquieto, el primero preguntó, mientras ceñía a escondidas un revólver:

-¿Qué quiere decir? No supondrá que deberemos quedarnos aquí en su lugar...

Bethan emitió una sonora risa, carente por completo de toda marca de alegría. Una risa monocorde, desagradable al oído. Un acceso de tos devino a continuación, el frágil cuerpo arqueándose casi hasta tocar el piso con la cabeza. Una vez recompuesto respondió, escupiendo sangre:

- Por supuesto que no, hablamos en términos más generales. Tal como estaba indicado, llegarían un par de aventureros hasta nuestra ciudad, en el preciso momento en que el gran pecado del Hegón se está por volver a cometer. Vais a ser los mensajeros ante vuestros congéneres. Les advertiréis sobre lo que están haciendo, que el camino que conducen es el del orgullo desmedido sobre aquello que no comprenden, ¡y que no les corresponde!. La voluntad del Hegón es demasiado grande...

-Sahib - susurró Rajiv al oído de Marcus -, no sé bien a que se refiere este pordiosero pero me parece que no está enteramente en sus cabales.

La cara de Marcus parecía reflejar la misma opinión que la del servidor, aunque pensaba que no era del todo prudente explicitar demasiado sus pensamientos.

Siguieron caminando por el valle, guiados ahora por los dos individuos. Iban topándose de vez en cuando con algunas de estas personas, varias de ellas aullando al cielo. En otros casos se arrastraban por el piso, lamiendo la tierra y manchándose toda la cara. En muchas oportunidades se evidenciaban extrañas deformaciones: muñones en lugar de los brazos, desagradables orificios en vez de narices, dedos demasiado largos y flácidos como para poder asir cualquier cosa. No podía Marcus imaginar que podía haber causado todas esas desgracias sobre estas personas, pero no atinaba a preguntar nada. La impresión de ver todo esto todavía lo tenía embelesado, y sospechaba que lo mismo debía pasar con Rajiv. Bastaba ver sus ojos desorbitados para notarlo.

Los gemidos se iban volviendo más apagados, debían estar alejándose del núcleo del asentamiento, hasta que llegaron a un puente colgante que cruzaba un intempestuoso río.

- Hasta aquí podemos acompañaros - dijo Benthar -. Ahora debéis seguir por vuestra cuenta. El camino que sigue al puente los llevará de vuelta a vuestra civilización.

- Así es - prosiguió Kensar-O -, y una vez allí comunicarán lo que les ha ocurrido. La advertencia estará dada y nosotros podremos finalmente descansar.

- ¡Esperad! - dijo Marcus - Todavía no entiendo nada, ¿quiénes son ustedes? ¿Cómo llegaron hasta esta lamentable situación? Y... ¿Cuál es la advertencia que se supone que tenemos que transmitir?

- Cuidado con el Hegón... - respondió lacónicamente Kensar-O. - ...la soberbia, el orgullo y la envidia destruyen civilizaciones, es esa la advertencia - terminó Kensar-O.

Las dos figuras lentamente se dieron vuelta: no había nada más que decir. Un poco confundidos, Marcus y Rajiv procedieron a recorrer el puente colgante. A medida que cruzaban distintas imágenes se cruzaban en sus mentes: las peripecias transcurridas, la espantosa monstruosidad que encontraron en la caverna, el extraño pueblo que habitaba en el valle.

Por el día de hoy la aventura había concluido, pero sabían que esto estaba lejos de terminar: todavía tenían reservado un papel en el destino de la humanidad, aunque no estaba muy claro como lo llevarían a cabo.

Treinta años más tarde, Marcus había ya abandonado la caza de tesoros. Otros trabajos más fructíferos que este le permitieron retirarse con dignidad de esas antiguas correrías y actualmente podía permitirse el lujo de residir en una imponente mansión en la costa del Canal de la Mancha.

Como todos los días, dejaba pasar la mañana leyendo las últimas noticias del periódico, en especial aquellas de carácter científico. En sus años de vejez pudo evidenciar un importantísimo avance en este campo y encontraba un inmenso placer en mantenerse al tanto de los últimos adelantos.

Esta mañana pudo enterarse de los descubrimientos de unos científicos alemanes en el campo de la fisión nuclear. Se estimaban importantes aplicaciones a partir de este desarrollo, no cabía duda de que la humanidad estaba abriendo una puerta a una nueva etapa de innegable progreso...